

Huamán, Miguel Ángel. *Una poética del mañana. Teoría literaria del siglo XXI*. Lima: Dedo Crítico Editores & Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2021, 171 pp.

DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.216>

La senda reflexiva que ha sostenido el maestro sanmarquino Miguel Ángel Huamán (Lima, 1954), en el transcurso de tres décadas, le ha campeado el reconocimiento de ser uno de los más autorizados para introducir y orientar el entendimiento del territorio conceptual de la teoría y la crítica literarias. La revisión de su producción discursiva permite reparar en dos líneas de pensamiento dentro de su práctica crítica, a saber: la indagación por el estatuto del fenómeno literario y la problematización de la función de los estudios literarios. Ambas líneas se desarrollan en diversos títulos, entre ellos, *Literatura y cultura: una introducción* (1993); *Problemas de teoría literaria* (2001); *La formación humanista: fundamentos y desafíos* (2012); *Las letras y los hombres: para una historia de la crítica literaria peruana* (2015); *Diálogos de sordos en la crítica peruana* (2017) y *Sin medias palabras: ensayos de humanismo crítico* (2019).

El reciente libro, *Una poética del mañana. Teoría literaria del siglo XXI* (2021), no es ajeno a esa lógica, pues desde la introducción, titulada “¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura?”, el autor dilucida la naturaleza de los juicios que emitimos como lectores: “Hablar de literatura no es hablar ni de la obra ni del autor, sino de una vivencia estético-literaria” (p. 8). Asimismo, reclama la necesidad de recuperar la función social de los críticos literarios: “establecer un horizonte simbólico que guíe el desarrollo integral y sostenido de toda colectividad humana” (p. 9). Por lo cual, a lo largo de los veinte ensayos, Miguel Ángel Huamán articula la teorización del fenómeno literario con el rescate de la función social del crítico, a pesar de que el sentido común apunte a negar la incidencia de la *theoría* en la esfera de la *praxis*. Cabe destacar que esta articulación se entreteje de manera asistemática; sin embargo, a grandes rasgos, se aprecia que la primera mitad del libro está dedicada a la profundización del estatuto de la literatura como vivencia. Si se reordena y encadena esta primera fracción, obtenemos un esquema argumentativo que comprende cuatro procedimientos: reconstrucción, desarrollo, crítica e ilustración.

A propósito del primero, en “Tomar la izquierda: obras del arte”, Huamán nos introduce en un recorrido por la genealogía del enfoque del arte (entiéndase de la

literatura) como vivencia. A partir de ello, el crítico sanmarquino concluye que esta concepción, trabajada por Émile Benveniste, Wolfgang Iser, Gérard Genette y Gérard Wajcman, principia en los planteamientos empíricos del pragmatismo estético de John Dewey, debido a que, para su activación, el arte como obra que busca desencadenar una experiencia/vivencia/relación/afección requiere ser percibido por un sujeto. Por tanto, la obra de arte es “una organización de energías que determinan la forma específica de la obra misma” (p. 39). En ese orden, el crítico sanmarquino repara en que la literariedad ha sido tergiversada a lo largo de la historia, pues esta no remite a un criterio ontológico (qué es) —como muchos imparten aún en las aulas—, sino a uno cognoscitivo (cuándo es). De igual modo, de esta revisión de los aportes de la tradición pragmática, Miguel Ángel Huamán extrae que el secreto del acontecimiento estético literario se descifra a partir de su formalización. Al respecto, en “El secreto de la formalización”, precisa que no es el contenido referencial el que posibilita dicha experiencia, sino la fabulación de dimensiones inéditas y modos de vida posibles. Para ello, es menester distinguir lo enunciado (lo explícito) de lo comunicado (lo implícito), pues la modelización de mundos inéditos y posibles se consigue a partir de un ejercicio imaginativo e inferencial por parte del lector.

En lo que concierne al segundo procedimiento, Huamán amplía su teorización en “Claves del malentendido literario” al consignar que la experiencia subjetiva activa la posibilidad de una pluralidad inagotable de inferencias. Por lo tanto, sustenta que la variabilidad del acontecimiento literario lo predispone a siempre ser visto como un malentendido, aun cuando su hallazgo emerja de una lectura atinada. Además, el crítico sanmarquino, siguiendo a Jacques Rancière, sostiene que dicho malentendido debe ser comprendido como un mal cálculo que busca liberar a los cuerpos de los significados que los domestican. A propósito de este último punto, en “El ritual del uso de la palabra”, Huamán añade que esta potencialidad liberadora se debe a la admisión de la literatura como un performativo absoluto. En diálogo con los alcances teóricos de John Searle, Paolo Virno y Ludwig Wittgenstein, el catedrático sanmarquino arguye que hemos olvidado que nuestra realidad es un océano de formas simbólicas institucionalizadas a través de actos de habla cooperativos que indican y realizan qué es el mundo. Así, pues, la literatura como acto autorreferencial, cuya validez no se subordina a la transmisión de información del entorno, deviene en la invención salvadora de formas de existencia que podrían ser. Estos mundos posibles remueven y transforman nuestras creencias del estado

de las cosas del presente, principalmente cuando hemos normalizado las crisis al asumir que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Respecto del tercer procedimiento, en “Del libro al acontecimiento” y “La literatura o el arte explosivo de lo nuevo”, Huamán procede a ratificar lo conceptualizado (acontecimiento estético, malentendido y performativo absoluto) a partir de un desmontaje del enfoque de la literatura como producto acabado. El resultado de esta operación es la exposición de una serie de falencias teóricas, a saber: (1) el aislamiento de la literatura del espacio sociocultural; (2) el entendimiento de la experiencia de lectura como una revelación ontológica; (3) la proliferación de lecturas descriptivas y superficiales; (4) el sometimiento del texto a la confirmación de metodologías; y (5) la constitución de una crítica monológica y precientífica. En otras palabras, Huamán construye una máquina argumentativa que derriba el edificio epistemológico que tradicionalmente habita la crítica literaria con el fin de cimentar las bases de una poética contemporánea que sepa ver la oscuridad de su tiempo (el enclaustramiento de la crítica académica) y sea capaz de afrontarla.

En cuanto al último procedimiento, el crítico sanmarquino busca evidenciar la operatividad de su planteamiento. Para ello, en “¿Cuál es el acontecimiento?”, “Un texto contemporáneo del siglo pasado”, “La palabra muda y solitaria” y “El sentido de un final”, Huamán propone una estrategia de lectura que prioriza tres pasos: el retorno a la formalización, la ratificación de la comprensión y la explicación de la significancia. Con ello, no pretende elaborar una plantilla metodológica, sino, más bien, sugerir algunas nociones de cómo activar el acontecimiento estético.

Llegados a este punto, el autor vira su preocupación a recuperar la función social del crítico literario. Como se advirtió previamente, este viraje ético se entrelaza con la reflexión epistémica de la literatura como acontecimiento estético. Según el maestro sanmarquino, la literatura guarda una relación dialéctica con la cultura, por lo que, entendida como acontecimiento, plantea el tránsito de la reflexión al acto, de la interpretación a la transformación de nuestra mirada y del museo a la vida cotidiana. De este modo, los estudios literarios, en vez de utilizar el texto literario para comprobar nuevas metodologías o describir contenidos epidérmicos, deben recuperar el diálogo con la sociedad civil.

En “La crítica poscolonial peruana”, Huamán repasa la historia de la crítica literaria peruana, desde sus inicios como ciudad letrada hasta la creación del programa de literatura en 1970. El maestro sanmarquino advierte que los críticos/escribanos se abocaron a la disputa corporativa del poder dentro del ámbito de la academia y abandonaron a la humanidad en manos del consumismo y del espectáculo. Por consiguiente, la crítica poscolonial ha permitido que el campo literario se convierta en un mercado, creyendo que así la comunidad académica se vería fortalecida; en cambio, la lógica de mercado ha acrecentado el estigma de la literatura como una disciplina inútil. Ante esta situación desalentadora, Huamán formula una solución: subrayar la importancia de los estudios literarios para la pervivencia de los valores humanos (libertad, cooperación, visión crítica y tolerancia). Con tal efecto, en la segunda mitad del libro, expone cuatro principios programáticos que la crítica debe integrar: disidencia, dialogismo, ecocrítica y ciberespacio.

En “Una lectura disidente”, el primer principio señala que la crítica literaria debe asumir una actitud de desacuerdo frente a la autoridad, a la práctica material y al modelo de vida que impulsa el capitalismo. En ese sentido, la crítica será una verdadera resistencia cuando se haga cargo de los modos discursivos y deconstruya las relaciones y las jerarquías que conforman nuestra percepción del mundo. En “Hacia una ecocrítica disidente y dialógica”, el segundo principio, invita a la crítica a abandonar sus pretensiones dogmáticas y buscar la verdad en el diálogo con el texto literario; solo así en cada caso se hará de una aprehensión íntima del acontecimiento. El siguiente principio, en “El sentido ecológico de la existencia humana”, apela a la superación del reduccionismo de los predios disciplinarios, pues el eje del quehacer del crítico no son las bibliotecas, sino todas las dimensiones del ser humano, entre ellas, la natural. En ese marco, la crítica debe dialogar con los saberes de la ecología para organizar un gran movimiento social y civil que revierta la crisis del calentamiento global en favor de nuestra casa: la madre Tierra. El último, en “Humanistas como yutúber”, se refiere a la ampliación de la esfera de la crítica al ciberespacio a fin de producir contenidos y formas que contribuyan a la toma de conciencia crítica.

A manera de conclusión, consideramos que cualquier lector destacará lo que hemos tratado de poner en evidencia: el manejo profundo del aparato teórico, el rigor de la máquina argumentativa, el tratamiento ingenioso de los temas, los juicios sugerentes, la actitud resolutiva y la claridad del estilo de la práctica crítica de Miguel Ángel Huamán.

Por tanto, convendrá con nosotros en que *Una poética del mañana. Teoría literaria del siglo XXI* llega a ser una propuesta aguda que aborda sesudamente el problema de los estudios literarios; esto es, plantear un nuevo modo de acercamiento a la literatura que trascienda su concepción dogmática como objeto acabado y amplíe el campo de acción del crítico fuera de los claustros del ámbito académico, dado que la literatura es siempre un acontecimiento dinámico que interactúa de manera perpetua con el espacio sociocultural.

Eduardo Avalos Salas
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
eduardo.avalos@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0001-9106-6600>

Conflicto de intereses

Los autores no presentan conflicto de intereses.

Financiamiento

Autofinanciado